



MUJERES URUGUAYAS VICTIMAS DEL FASCISMO

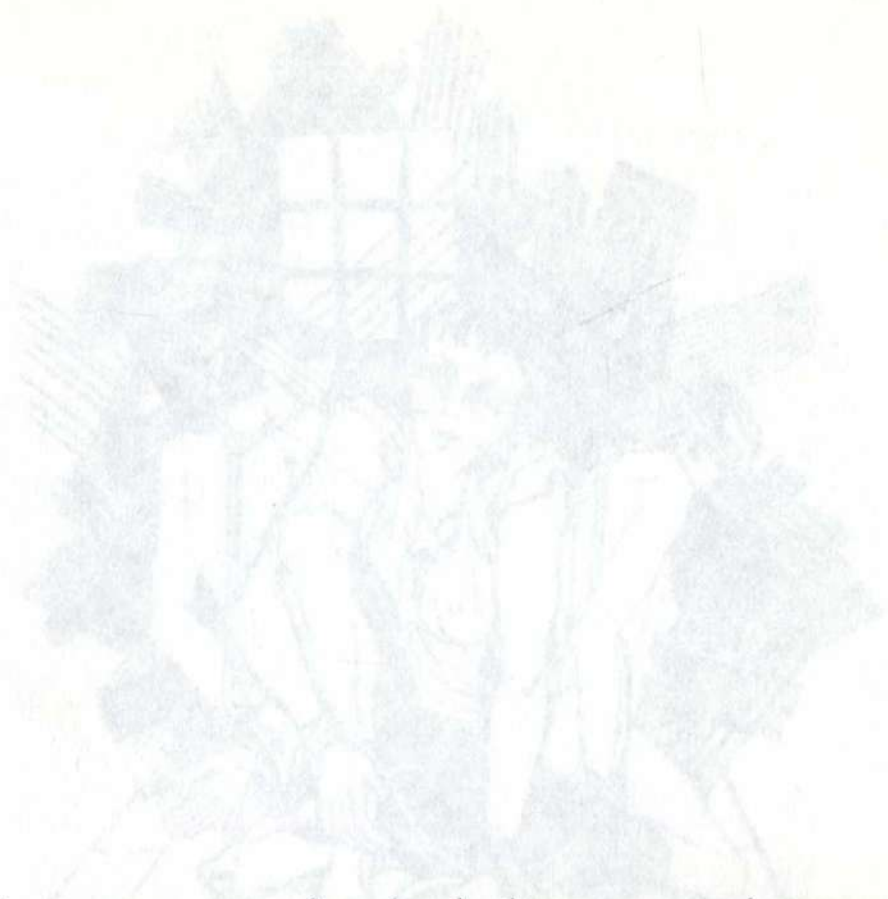
Testimonio de
una presa política uruguaya

Muokonge

②

MUJERES URUGUAYAS VICTIMAS DEL FASCISMO

**Testimonio de
una presa política uruguaya**



La persona que relata los hechos que mencionamos a continuación, lo hace como fruto de su propia experiencia vivida, de lo que ha oído durante su detención y por los relatos de otras presas. Quiere dejar constancia de que su dolorosa experiencia es la de miles de mujeres y hombres, de casi niños y viejos.



P. *¿Sabe usted dónde fue llevada luego de su detención y cómo fue esa primera etapa?*

R. Fui llevada encapuchada a un lugar que después supe, llamaban las Fuerzas Conjuntas "el galpón" y los presos "el infierno" o "el centro de torturas", situado en las afueras de la ciudad; sé que también se torturaba en establecimientos de la Policía Política y en casas particulares confiscadas a detenidos, fugitivos o Sindicatos. Inicié mi cautiverio con un plantón de casi dos días. Tenía los ojos vendados con una gruesa tela, debajo de la cual me colocaron un gran trozo de algodón sobre cada ojo. Las muñecas me fueron atadas con una tela áspera. Sé que otros detenidos sufrían dolores punzantes en ellas al habérselas atado con cables con puntas que se hincaban en la carne. Permanecí allí durante un lapso que no puedo precisar y que calculo se extendió alrededor de quince días. Durante este tiempo no pude higienizarme y permanecí con la misma ropa; dormí en el suelo, tapada a veces por un muy sucio capote. El tiempo que no estaba acostada permanecía sentada inmóvil en una silla. La única interrupción era para concurrir al baño tres veces al día o para los interrogatorios.



P. *¿Cuáles son sus recuerdos más vívidos de esta etapa?*

R. En primer lugar la tensión constante ante el terror a los interrogatorios, inevitablemente acompañados por torturas para todos los detenidos. No sé exactamente cuántas veces fui interrogada, creo que cinco; el tiempo restante lo viví pensando en que en el próximo segundo podía oír una voz que gritara mi número; creo que esta angustia constante es parte de la tortura. Al ser llamada, inmediatamente era conducida a empujones por la Policía Militar Femenina hasta trepar los 19 escalones que conducían a un entrepiso, donde se torturaba e interrogaba. No fui de las personas más torturadas. El interrogatorio tenía una brutalidad progresiva. Fui interrogada desnuda, siempre vendada por supuesto, y con las manos esposadas en la espalda. Al finalizar el primer interrogatorio se me dijo que si no declaraba lo que ellos querían, tenían métodos más eficaces. En el próximo interrogatorio fui sometida al "candado". Atadas y solidarizadas las muñecas con los tobillos, desnuda, sentada durante muchas horas en el suelo, recibía fuertes puntapiés al caer hacia un lado. Fui colgada de las muñecas atadas atrás con alambre durante un tiempo que no pude precisar, porque perdía el conocimiento,

que finalmente recobré arrojada ya, sobre un colchón en el suelo. Recibí continuamente durante los interrogatorios, golpes, insultos y amenazas a mis familiares. Pero tal vez el sufrimiento mayor provino de escuchar casi sin interrupción gritos de otros torturados que no me permitían conciliar el sueño, salvo por cortos lapsos y que no podían ser cubiertos por música de radio a altísimo volumen. Nunca sabíamos si un preso llevado al interrogatorio iba a volver con vida. Pese a estar vendada pude ver subrepticamente una noche, sacar dos camillas: una era una mujer y otro pienso que estaba muerto porque llevaba la cabeza tapada.



P. *¿Por qué pese a los atroces sufrimientos padecidos, no se considera de las más torturadas?*

R. Por los relatos de otras presas que las padecieron y con las que pude cambiar impresiones en etapas posteriores de mi detención. Sólo voy a describir algunas de las torturas infligidas. Es conocida la muy

común del "submarino". Entre sus múltiples formas se cuenta el sumergir la cabeza encapuchada en gruesa tela que apretaba con su mano uno de los torturadores por la parte de atrás del cuello, en baldes de aguas fétidas sin que la sensación de asfixia disminuya, incluso en el corto tiempo en que se le sube a la superficie. Como es conocido, Nibya Sabalzagaray murió en el "submarino seco", su cabeza dentro de un bolso de nylon. Las presas eran colgadas del pelo sujetado por ganchos. Se ha difundido que al dirigente de los trabajadores del Estado, Luis Iguiní, le arrancaron el cuero cabelludo, pero yo estuve con una detenida que había caído al suelo al arrancársele los mechones de los cuales era colgada. Otra tortura frecuente era la picana eléctrica. Una fuerte corriente eléctrica se aplica en las manos, en la vagina, en el ano, etc., provocando atroces dolores. Yo estuve con detenidas que tenían por tal motivo insensibilizadas diversas partes del cuerpo. Conocía otras con la región pelviana insensibilizada, por habérsele colocado sobre una barra a horcajadas con las piernas colgando; "el caballete"; al poco rato la sangre le corría por la parte interior de las piernas hasta llegar al suelo. Durante los interrogatorios, hubo presas a las que sentaban desnudas, con las manos esposadas por detrás del respaldo de la silla, cuyo pecho y vientre fue quemado con cigarrillos por los torturadores. A algunas se les inyectaron drogas en las venas, que provocaban la pérdida de la razón temporariamente, mientras padecían alucinaciones en las que generalmente veían cumplirse con sus familiares, las amenazas que contra ellos se habían proferido. Es conocido que las mujeres, particularmente las jóvenes, como los adolescentes y niños, son habitualmente violados. Conocí el caso de una joven embarazada, que fue violada no menos que por 25 individuos, provocando el aborto. También sé, que fueron traídos ante jóvenes mujeres sus padres y, torturados en su presencia, o al revés, torturándolas a ellas ante la vista de sus padres. La amenaza de la tortura y violación a los hijos, es esgrimida de continuo, sabiendo que de esta manera se afecta lo más querido de un ser humano.



P. *¿Cómo fue su vida ulterior en los cuarteles donde permaneció detenida?*

R. Cuando llegué al nuevo establecimiento, un cuartel de las inmediaciones de Montevideo, el cabo que me recibió me hizo quitar la venda y me comunicó que allí llegaban los presos para recuperarse. Pero fue por un ratito muy pequeño. Sólo que tuve junto a un nuevo número, otra venda, además de diferentes ligaduras. Me trajeron un colchón y ropa de mi casa, pude cambiarme, lo que significó un alivio considerable, ya que mi cuerpo, como el de los demás, despedía fuerte olor. En un gran local dividido en dos por roperías, y en un pequeño entrepiso sobre las mismas, dos guardias armados vigilaban a los presos a los cuales había que pedir permiso para cualquier cosa levantando la mano. Al fondo, en dos piezas, estaban los presos a quienes se había levantado la incomunicación. Permanecíamos, durante el día sentados sobre el colchón arrollado en el piso, con el número del cuartel y el que habíamos tenido en el "galpón" por si decidían

volvernos a él, cosa que ocurrió con varios presos. La comida consistía en un jarro de leche con café, pocas veces caliente, por la mañana; el almuerzo, harina de maíz, al principio con salsa y luego simplemente hervida, agrumada formando pelotas en las que la harina muchas veces ni se había mojado. De noche, una sopa aguachenta, que nos ponían hirviendo sobre las rodillas, lo que produjo quemaduras de no pocos presos. La comida venía con moscas; no podíamos distinguirlas con los ojos vendados: "no se preocupen, nos decían burlándose, son basuritas". Una vez a la semana, nuestros familiares —que hacían horas de colas— recogían la ropa sucia en un local militar en el Prado. Sufríamos plantones como castigo, por cualquier cosa que se les ocurriera que era una infracción de la disciplina a la guardia. Si demorábamos más de dos minutos para vestirnos, guardar la ropa y doblar el colchón, éramos castigados. Los plantones eran en posición de firmes o con las piernas separadas. Íbamos al baño durante dos minutos tres veces al día. En ese tiempo debíamos hacer nuestras necesidades fisiológicas y lavarnos como podíamos: si nos demorábamos u olvidábamos algo, sufríamos una hora de plantón. Teóricamente nos bañábamos dos veces a la semana: Teníamos tres minutos para ello y debíamos hacerlo con guardia mirándonos ante la puerta abierta. Un capitán al que apodaban "El Cuervo" una noche nos llamó a las dos de la mañana, diciéndonos que tendríamos agua caliente, pero el agua estaba helada y una de las detenidas tuvo tal enfriamiento, que no dejó de temblar hasta el mediodía siguiente. En invierno el frío era intensísimo, entraba por las rendijas de las puertas y ventanas y por un portón clausurado, por donde penetraba también el agua empapando los colchones y las ropas. El frío y la subalimentación provocaban enfermedades en casi todos los presos, en particular gripe. Yo estuve varios días con fiebre alta, y no se me permitió estirarme en el colchón ni cubrirme con una frazada.

También aquí sufríamos mucho, no solamente por el hambre y por el frío, los plantones y el trato durísimo, sino por nuestros compañeros. ¡Qué terrible era cuando volvía alguien al infierno! El colchón vacío era una nueva tortura, como lo era el verlo volver destrozado. Cada tanto venía una nueva tanda. Frecuentemente, los sometían a un plantón inicial o fuertes palizas, tal vez para iniciar su "recuperación". Aunque nos hacían volver de espaldas, oíamos los golpes y los gemidos contenidos. Un hombre orinó sangre al día siguiente de su llegada, después de los golpes recibidos en la región lumbar. Muchos debieron ser atendidos por siquiátras. Uno, en los primeros meses de 1976, se dirigió repentinamente a...

perdón, hijita, yo no quería pero no pude, perdóname..." No volvimos a saber de él. Otro, arrancó los cables de la luz y se prendió de ellos; ya levantada la incomunicación, un oficial maligno, le hacía oír gritos de mujer todos los días y le describía la violación de su hija. Del sector C, un día sacaron de arrastras un cuerpo que dejó las zapatillas por el camino, estaba muerto. Casi al mismo tiempo, se sintió un golpe del sector D y llamó el guardia; sacaron otro hombre, que se dijo que iba vivo. Este era el lugar que se había dicho era de recuperación.

Finalmente, en setiembre de 1976, fuimos sacadas las mujeres del cuartel, cuando el trato se había endurecido mucho más: menos comida, inmovilidad absoluta, incluso para los procesados, más plantones, más golpes y diarias humillaciones.

También en el nuevo cuartel las condiciones empeoraron para nosotras. Sentadas en los colchones, sin podernos recostar en la pared, no se nos permitía ningún movimiento: lo que nos producía espantosos dolores musculares. Al principio, estábamos amontonadas en los calabozos y los pasillos. Para ir al baño nos llevaba un soldado del brazo y otro iba atrás apuntándonos.

Allí, Martha Valentini de Massera, de 53 años, horriblemente torturada, a quien le habían arrancado dos dientes a trompadas, y la golpearon despiadadamente varios torturadores, quemado el pecho con cigarros, que tenía insensibles los brazos por la pícana eléctrica, y había sufrido varias sesiones de submarino, vivió nuevos padecimientos. Ya se sabía en el cuartel anterior, que tenía cálculos a la vesícula. En medio de ataques que la doblaban, la sometieron a largos plantones y no podía comer, porque no le daban los alimentos adecuados. Casi la convirtieron en un cadáver viviente. Finalmente la llevaron ocho días al hospital militar y la operaron. Martha Valentini, Procuradora, mujer de exquisita sensibilidad artística, profesora por temporadas de literatura, aunque ha sufrido intensamente, conserva una entereza increíble y la fineza espiritual que todos pudimos admirar, aún en horas tan difíciles. ¡Cómo recordar a tantas y tantas uruguayas y sus sufrimientos!

Entre muchas otras, recuerdo a Rita Ibarburu, periodista, con más de 62 años, mujer de salud delicada, fue sometida a todos los vejámenes imaginables. No le crecían las uñas de los pies, que le habían sido deshechas por las botas de los torturadores, en las larguísimas horas en que la mantuvieron de plantón. Todos, absolutamente todos, admiraban su increíble voluntad, caminando horas y horas para

recuperar fuerzas, su entereza y ternura, entonando canciones con su voz espléndida, para alentar a los compañeros, en las horas más duras.

Lidia Díaz, de 54 años, padeció toda y cada una de las torturas infligidas a las presas: submarino en aguas fétidas, picana, candado, colgamiento; se le aplicaron inyecciones intravenosas, luego de las cuales "vio" a su hija y a su hijo adolescente violados, tal como la habían amenazado sus sádicos interrogadores. Tanto padeció, que debieron practicarle un "raspaje" genital. Nunca perdió ni la dulzura que le es característica, ni el ánimo y el deseo de vivir.

Sara Youtchak, profesora de literatura, de treinta y pocos años de edad. Perdió más de veinte kilos, durante los interminables meses de tortura a que fue sometida en una casa particular. Un día, exánime sobre el piso, al pasar unos compañeros, levantó la ropa que la cubría y pudieron ver su pecho totalmente cubierto de quemaduras de cigarrillos. Golpeada, picaneada, colgada, vejada, hambrienta, sin poder higienizarse durante meses; esta mujer joven, de carácter alegre, bromista, capaz de recitar horas y horas hermosos poemas ¡que retenía su memoria prodigiosa, sigue padeciendo hoy todavía!

Ofelia Fernández, joven estudiante de medicina. Fue detenida el 26 de abril de 1975 por primera vez, cuando durante varios días permaneció de plantón, encapuchada, sin comer ni beber, en una celda de un metro cuadrado de superficie. En esa oportunidad, le robaron sus libros y discos y otros efectos. Liberada luego de un mes, rindió su último examen, obteniendo el título de médico. Detenida en febrero de 1976, sufrió las peores aberraciones a las que son sometidos los presos uruguayos. Plantones con las piernas abiertas y brazos en alto, colgaduras de las muñecas, picana en las partes más sensibles, pasó días y días desnuda bajo la lluvia. Ofelia no sólo padeció sus atroces sufrimientos con valor increíble, sino que alentó y dio consuelo a sus compañeras, en las horas más terribles de la larga noche que viven los presos.



P. *¿Cómo fuiste liberada?*

R. Tuve mucha suerte, ya que pude salir en libertad. Hay muchas presas que habiendo cumplido las penas que se les aplicó, continúan en calidad de "retenidas", por meses y hasta años, en virtud de la vigencia de "medidas prontas de seguridad", dependiendo su liberación de la sola voluntad del General Cristi, de la División 1.

Otro hecho prácticamente desconocido fuera de los establecimientos de detención es que las Fuerzas Conjuntas cobran a los detenidos y procesados su mantenimiento por el tiempo que va desde el día de su detención hasta aquel en que firman su libertad. Se cobra tarifa por día, como en los mejores hoteles, incluyendo por supuesto, los días en que son torturados. Además, esta tarifa es reajutable: a fines del año 1976, era de \$7.000 diarios (cuando el sueldo promedio de un obrero era de \$300.000 mensuales). Calculadas estas cifras en dólares, el sueldo promedio de un obrero es de 75 dólares mensuales y por una "pensión" en el cuartel se le cobra 52,50 dólares por mes. Al que tiene una propiedad, se la embargan para cobrar la deuda generada por el alto honor de haber sido detenido y torturado; si no la tiene, la deuda sigue reajustándose en el tiempo, hasta que la persona libre, gane como para pagarla.



P. *¿Por qué declaras lo anterior?*

R. Me siento obligada hacia las miles de presas, hacia sus familiares, que recorren inicialmente durante meses los establecimientos de detención y no pueden saber nada de sus seres queridos, o, a veces, reciben cajones lacrados, o no vuelven a tener noticias de los desaparecidos. Hacia las que deben sostener a sus hijos sin los ingresos del padre y a veces pierden sus trabajos como familiares de presos. Quiero que éste, mi testimonio, sirva para dar a conocer más, lo que sucede en esa inmensa cámara de torturas en que se ha convertido el Uruguay de hoy. No podemos devolver la vida a Nibya Sabalzaray, a Silvina Saldaña y a tantas otras, pero debemos proponernos impedir que siga la máquina de tortura matando, mutilando, violando, destruyendo. Las patriotas uruguayas deben volver a sus hogares. El Uruguay, cuyo pueblo bondadoso y lúcido siempre practicó el asilo y la solidaridad, tiene derecho a que se le ayude a reconquistar la libertad y los derechos fundamentales para sus hijos.



RITA IBARBURU, UNA MUJER SÍMBOLO

Rita Ibarburu, patriota presa en Punta Rieles, cárcel militar de Uruguay, cumplió 62 años el pasado 23 de setiembre. Está detenida desde octubre de 1975.

En el duro y cruel enfrentamiento al fascismo, se ha convertido en un símbolo de la resistencia heroica y digna de la mujer y del pueblo uruguayo, no sólo por su actitud en la prisión, sino además por toda su vida.

Comenzó su militancia a temprana edad. En el año 1933, siendo estudiante de preparatorios de medicina, participa en luchas estudiantiles contra la dictadura de Gabriel Terra.

Selló ya entonces su destino con la lucha de su pueblo y de los demás pueblos del mundo. Participa luego en la fundación de una Universidad Popular de un barrio obrero de la capital. Iniciada la guerra civil en España se integra al vasto y poderoso movimiento de solidaridad con la República Española que se desarrolla en todo el país: recorre éste recaudando fondos para la solidaridad; estrecha vínculos, conoce de cerca la realidad, la vida de hombres y mujeres del campo, de los pueblos y ciudades del interior. Trabaja con tesón y ahínco; todas sus energías, todo su ardor y pasión los vuelca en la solidaridad y en la lucha de su pueblo.

Su actividad se desarrolla en el campo político, el gremial, en el periodismo, en los movimientos de masas sindicales y femeninos. Realiza

intensa actividad gremial como funcionaria de la Biblioteca de la Universidad del Trabajo.

Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial pasa a ocupar los primeros puestos en la solidaridad, integra la Unión Femenina por la Victoria, organización de masas que recauda fondos, confecciona prendas para los soldados, organiza la ayuda para los niños y demás víctimas del fascismo. Allí trabaja en forma incansable, contagiando su confianza serena y firme en el triunfo sobre el fascismo.

Durante años ejerce la dirección de la revista femenina "Nosotras"; organiza su distribución y venta en las fábricas y barrios. Colabora en los diarios "Justicia" y "Verdad". El año 1955 es designada Secretaria de Redacción de la revista "Estudios", órgano teórico-político del Partido Comunista. Cargo que desempeña hasta el golpe fascista.

Paralelamente con estas tareas, dicta cursos, participa en simposios científicos nacionales e internacionales; traduce del ruso "La Mujer Obrera" de N. Kruskaia; editada en el Uruguay se convierte en la primera publicación en lengua española de esta obra.

Su vida desde hace más de 40 años es la de una luchadora y la de una patriota, presente siempre en las grandes jornadas, en la labor paciente, muchas veces monótona, de cada día. Su inteligencia, sus sentimientos, su vida entera están al servicio de las grandes e impostergables causas populares.

Luchadora infatigable, en la escalada fascista de octubre de 1975 es encarcelada. Pasa el suplicio de las torturas en uno de los llamados "Infiernos", una y otra vez; una y otra vez su temple, su energía, sus convicciones salen victoriosas; y otra vez su solidaridad, ahora con los que junto a ella sufren y hasta mueren. Rita canta para ellos, sonríe para ellos, afirma su confianza plena en el triunfo final.

